



LA VIDA RELIGIOSA,
VOLCADA CON LOS ENFERMOS
EN EL PRIMER AÑO DE PANDEMIA

Camino a la **Resurrección**

4 EN PORTADA

Del Calvario a la Pascua

12 TRIBUNAS

A través de la mirada del Salvador Crucificado
Katharina RamrathHeme aquí: experiencia y cuidado
Mary Loly Cisneros PachecoHe creído en el amor
Franklin FuentesEscucha y bondad
David Cabrera MolinoUna prueba de Caridad
Susana Mallo AgúndezEl significado de la familia hospitalaria
Laura Neves

14 POR VENIR

“Vacunémonos de todo lo que nos impide ser
ágiles en el Amor”
Margarita Bofarull

Yo también SOY CONFER

**Nombre:** Rafael**Apellidos:** Escamilla Jiménez**Congregación/Instituto:**

Salesiano Cooperador

Aquí vivo... Soy seglar y vivo en familia
con esposa y dos hijas, en Sevilla.**¿Quién es mi prójimo?** ¿Quién no lo
es? Todos somos hijos del mismo Dios y,
por tanto, hermanos.**La Vida Religiosa es...** Testimonio,
referencia y signo.**Mi vocación en una palabra:** Servir.**Frase de mi fundador/a:** “Confiad en
María Auxiliadora y veréis lo que son los
milagros” (San Juan Bosco).

UNA IMAGEN para compartir

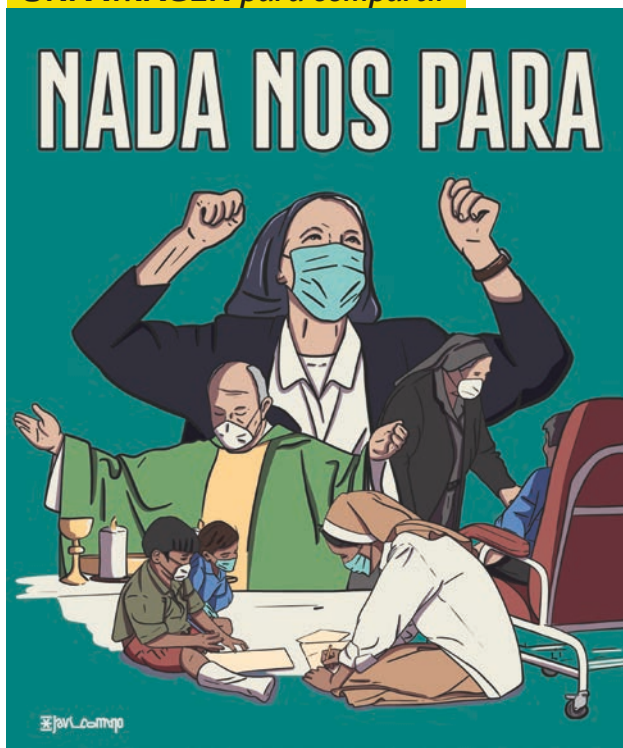


Imagen de portada: Sor Lourdes Blázquez, enfermera del Hospital La Milagrosa (Madrid)

somosconfer@confer.es. **Presidenta:** María del Rosario Ríos, ODN. **Vicepresidente:** Jesús Díaz Sarriego, OP.
Secretario General: Jesús Miguel Zamora, FSC. **Secretaria General Adjunta:** Pilar Arroyo, HCSA. **Web:** confer.es

ÁREAS Y SERVICIOS

Administración: administracion@confer.es**Asesoría Jurídica:** asesoriajuridico@confer.es**Centro Médico-Psicológico:** sec.psi@confer.es Tfno.: 915 195 656**Comunicación:** comunicacion@confer.es**Estadística:** estadistica@confer.es**Formación:** formacion@confer.es**Internet:** internet@confer.es**Justicia y Solidaridad:** jyp@confer.es; social@confer.es;
migraciones@confer.es**Misión y Cooperación:** myc@confer.es**Misión Compartida:** edmc@confer.es**Pastoral Juvenil Vocacional:** pjv@confer.es**Regionales y Diocesanas:** cryd@confer.es**Sociosanitaria:** sociosanitaria@confer.es**Intercongregacional:** proyectosinter@confer.es**Dirección editorial:** José Beltrán. **Redacción:** Eva Silva, Irene Yustres y Rubén Cruz. **Diseño:** Amparo Hernández. **Fotografía:** Archivo Vida Nueva y Jesús G. Feria. **Edita:** PPC. **Imprime:** Jomagar. Todos los contenidos son elaborados por CONFER, con apoyo editorial de Vida Nueva.

Resucitados



eo a la Iglesia como un hospital de campaña tras una batalla”. Unas palabras que nos regaló **Francisco** casi al comienzo de su pontificado y que, lejos de ser una metáfora, ha alcanzado la literalidad en la primera pandemia de nuestra era. Cuando se ha cumplido un año desde que el coronavirus paralizó España y el mundo, la Vida Consagrada relee estos 365 días desde la esperanza.

La Vida Religiosa se ha volcado con los enfermos en el primer año de pandemia, sabedora de que solo siendo hospital de campaña podemos testimoniar al Señor de forma creíble. De hecho, a través de las manos de quienes han estado dando la vida, se ha transparentado al Resucitado.

Los religiosos y religiosas que se desgastan en el ámbito sanitario se han convertido en los santos de la puerta de al lado –reivindicados por el Papa en *Gaudete et exultate*– de

tantos enfermos de COVID-19. Todos los consagrados, sin ningún ánimo de ser reconocidos ni tildados como héroes, han podido testimoniar a quienes se han encontrado en el camino que, después del Calvario, siempre llega la Pascua.

Junto a laicos y laicas de residencias y hospitales, la Vida Religiosa ha mostrado su entrega vocacionada y responsable.

“Solo siendo hospital de campaña podemos testimoniar al Señor de forma creíble”

En primera línea, todo el personal sanitario, con fe o sin ella, no ha dudado en poner en riesgo la propia vida para salvar las de otros, pues se han enfrentado a la enfermedad en muchas

ocasiones, sobre todo en los primeros meses, sin el material de protección necesario. A todos, Él los ha sostenido mostrando que no estamos solos. Todos han hecho visible la civilización del amor acuñada por el Pontífice en su plan para resucitar. Por todos ellos hemos rezado y rezamos hoy. ☺

LA VOZ DE LA PRESIDENTA

Trabajar por la vida

Cuando hace más de un año que la humanidad vive y sufre la pandemia del COVID, el próximo 7 de abril se celebra el Día Mundial de la Salud. Esta celebración nos recuerda que la salud no se limita a la ausencia de enfermedad física, sino que, como expresa la Organización Mundial de la Salud (OMS): “La salud es un estado de completo bienestar físico, mental y social, y no solamente la ausencia de afecciones o enfermedades”. Desde esta comprensión, se nos confirma el “diagnóstico” de que la realidad mundial está enferma. Algo de lo que nos hacemos más conscientes ante la pandemia y sus consecuencias: muchos países, millones de personas no cuentan con un sistema sanitario adecuado y, además, no tienen igual acceso (o no tienen ninguno) a las vacunas; el desempleo y la pobreza que se está generando en el momento actual, afecta a la salud mental, al estado emocional, a las relaciones interpersonales y sociales, a la posibilidad de una vida digna; la contaminación, la sobreexplotación de la tierra, inciden en el deterioro de las aguas, el aire, la calidad de los alimentos...

Trabajar para que ese “bienestar físico, mental y social” se haga realidad para toda la humanidad, es trabajar por la vida. Como consagrados y consagradas, sea cual sea el

campo apostólico en el que desarrollemos nuestra misión, estamos comprometidos con el cuidado de la vida, especialmente de la más amenazada, frágil, vulnerable: desde el campo sanitario o el educativo, en el acompañamiento de las personas y grupos, en el trabajo de cooperación internacional, en la promoción por la justicia y la solidaridad, en la denuncia de las políticas y las estructuras que agravan las condiciones de vida de nuestros hermanos, en la creación de alternativas para nuestra sociedad, en la apuesta por una ecología integral. ☺



MARIÑA RÍOS
Presidenta de la CONFER



Conferencia Española de Religiosos
c/ Núñez de Balboa, 115 BIS Entrepunta.
28006 Madrid. Telf.: 91 519 36 35



Sor Lourdes Blázquez, enfermera en el Hospital La Milagrosa (Madrid)

Del Calvario a la Pascua

Un año después de que se decretara el estado de alarma por la pandemia, ‘SomosCONFER’ recoge el testimonio de tres Hijas de la Caridad que, desde su entrega, han demostrado que la resurrección siempre es posible

RUBÉN CRUZ

La Vida Consagrada ha vuelto a estar. Como siempre. Con su labor siempre callada, pero volcada con los enfermos en el año que nunca nadie quiso contar. Cuando ya se han cumplido 365 días de que el coronavirus entrara en España, *SomosCONFER* recorre este tiempo junto a tres Hijas de la Caridad que, desde su entrega, han demostrado que, tras el Calvario, siempre llega la Pascua. Después de un año en el que al mundo se le ha encogido el corazón, las tres hermanas muestran un testimonio de esperanza,

desde el convencimiento de que en medio del dolor, el Señor se hace presente, porque “no estamos solos”, como todas ellas dejan caer en sus reflexiones. Desde Madrid, que durante los meses de abril y mayo de 2020 se convirtió en el epicentro de la pandemia, echan la vista atrás para compartir lo vivido.

La primera acogida

Sor **Lourdes Blázquez** es enfermera de urgencias del Hospital La Milagrosa. Entró en la Compañía hace 15 años, tras estudiar enfermería: una

doble vocación que vive con pasión y así lo transmite al conversar con ella. Después de dedicar “un tiempo de oración a volver la vista un año atrás”, todavía se estremece y ella misma se pregunta si tendría la fuerza suficiente para volver a vivir un 2020 de nuevo. No obstante, “ha sido motivo de agradecimiento a ese Dios que siempre me ha acompañado, pero que me ha dejado sentir especialmente su presencia durante la primera ola de la pandemia, que fue el momento de mayor impacto en el que se nos puso al límite”, señala. Y

“He aprendido a regalar esa sonrisa de ojos a pacientes y compañeros, porque era lo único que nos veíamos entre los EPI”

agrega: “Me he sentido sostenida por Él. La valentía y la fuerza de ese momento no era mía”.

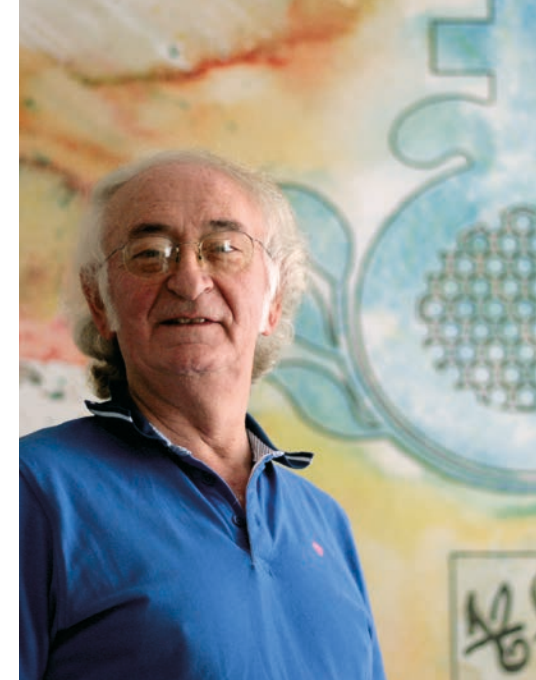
Ella vive en la parroquia de San Blas, en una comunidad de cuatro hermanas. Hermanas de las periferias, que, hace cinco años, respondiendo a la llamada del Papa de ir a los márgenes, la Provincia las envió para apoyar la labor social y pastoral en este barrio madrileño. “Es una suerte estar aquí. Es un trabajo muy de presencia, en una comunidad muy abierta donde caben personas de cualquier edad, ya sea para tomar un café o compartir una oración”, explica. Sor Lourdes compagina su trabajo como enfermera con la presencia en Cáritas y en un centro de escucha coordinado por la Vicaría 2, además de estar involucrada en la pastoral vocacional de la Provincia. Una hermana multitarea, al igual que sus compañeras de comunidad (una es consejera provincial, otra trabaja en una obra social y la otra es profesora).

El 13 de marzo de 2020, el presidente del Gobierno comparecía ante todo el país para decretar el estado de alarma. “Recuerdo que fueron momentos de impotencia, contradicción... Justamente libraba y al día siguiente, cuando volví al hospital... era un campo de batalla. Me dije: aquí hay que darlo todo. He sentido mucho miedo, sobre todo al principio, de este que te cierra el estómago, que no te deja dormir. Pero en urgencias los miedos se quedaban fuera, había que transmitir a la gente seguridad, que todo estaba bajo control, porque lo necesitaban”, recuerda. Por suerte, “Dios me ha dado salud para poder estar, ya que mu-

chos compañeros fueron contagiándose”. De hecho, normalmente trabajan dos enfermeras en cada turno –mañana, tarde y noche–, pero durante toda la primera ola de la pandemia estaba una por turno. “Cada noche, antes de dormir decía: ‘Gracias Dios mío, porque he sentido malestar, cansancio, pero nada más’”, reconoce. En todo este tiempo, también ha recordado estas palabras del profeta Isaías: “Los que esperan en el Señor renovarán sus fuerzas” (Is 40,31). “Eso ha sido una experiencia muy real aquí”, detalla.

En esos primeros meses de confinamiento total, con un Madrid parado, todo era diferente al atravesar las puertas de urgencias. Pese al caos, “he aprendido a regalar esa sonrisa de ojos, porque era lo único que nos veíamos”, señala sor Lourdes. Ella, como todo el personal sanitario, ha vivido situaciones que te encogen. “Recuerdo una hija que se despedía en el ascensor de su padre al que sabía que no iba a volver a ver más...”. ¿Su misión? “A través de la mirada poderle decir a la gente: aquí estoy. Un gesto, una palabra de ánimo, pero no de este facilón, porque todo el mundo era consciente de la gravedad y necesitaban que estuviéramos ahí”, indica.

Entre el dolor, sor Lourdes agradece la paciencia de los pacientes, valga la redundancia. “La gente ha sido muy paciente y ha agradecido mucho. Han visto que si no llegábamos antes era porque estábamos con otros. Incluso nos decían que fuéramos a atender a los demás primero. Dejaban su vida en tus manos y eso crea mucho vínculo”, reconoce ahora, cuando empieza la calma tras >>



La pandemia que viene: la de la salud mental

El hermano **Calixto Plumed** es el superior de la Clínica Nuestra Señora de la Paz, de la Orden de San Juan de Dios en Madrid. Esta pandemia la ha vivido al lado de quienes padecen enfermedades mentales. El COVID lo han visto más de lejos, porque no tuvieron muchos casos. Aún así, han sentido temor, pero con la seguridad de no estar solos. “Nuestro centro ha sido ese San Pedro con el Papa caminando solo”, explica poniendo en valor el ejemplo de los enfermos mentales en medio del confinamiento, pese a que algunos llegaron a perder familiares. El religioso ha vivido experiencias anteriores de hermanos en medio de pandemias o epidemias, con el fallecimiento incluso de algunos, entregando su vida por los enfermos. En Andalucía, la Orden ha perdido a dos hermanos, pero otros pasaron momentos complicados. Ahora, Plumed alerta de la pandemia que viene: la de la salud mental, con “depresiones y otras patologías”. “Se han potenciado las depresiones y los desánimos”, recalca. Y estas “afectan de la misma manera si eres religioso o laico. Algunos religiosos tocaron fondo y casi se entregaron en su último momento; lo han podido contar dejando un testimonio de esperanza desde la vulnerabilidad, pero ya no son la misma persona, porque así ellos mismos me lo han transmitido”.

Sor Eva Sáez, enfermera en La Paz, y sor Vicenta González, del centro Catalina Labouré

» una tercera ola después de Navidad que ha recordado lo peor de los primeros meses.

¿Y cómo se ha hecho presente Dios en este tiempo? “Cuando volvía cada día del hospital y dejaba pasar por el corazón todo lo vivido, le preguntaba al Señor por qué. La verdad es que me ha resultado muy fácil rezar en este tiempo. Cualquier momento era bueno para presentar al Señor lo vivido. En cualquier persona que atendí vi a Jesús sufriendo. Por eso sé que la resurrección es posible”, subraya. Y continúa: “Él está queriendo alentar cada vida y acompañando en la vida que se apaga y se despidе. Jesús se ha hecho humano y está en cada uno de nosotros”. En estos meses, ella también ha recordado, como nos muestra el Evangelio, que Jesús era capaz de atender a todos los enfermos. “Yo he querido ser sus manos, su corazón, su mirada, porque, en su nombre, estamos para cuidar, para aliviar, para ser esa Pascua que los enfermos esperan. Eso es un signo de vida. La Pascua es posible siempre, también ahora. Y sobre todo este año, que con las vacunas vamos viendo que hay esperanza”, asevera.

Cuestión de humanidad

Sor Eva Sáez es enfermera en el Hospital de la Paz desde 2012, actualmente en la unidad de paliativos. Y siempre ha trabajado en hospitales públicos desde que salió del seminario de las Hijas de la Caridad hace ya 25 años, a excepción de sus dos primeros años que estuvo en una residencia para personas con enfermedades crónicas avanzadas. Ella vive en una comunidad de seis hermanas y durante estos meses con algunas personas que necesitan acogida de emergencia. De este año de pandemia, saca una clara enseñanza:



“Pese a todo, no estamos solos”. “No lo hemos estado nunca, aunque a veces vivamos como si Él no existiera. No vivimos solos ni morimos solos. En medio de los trabajos y desvelos, de los miedos y las preocupaciones, no estamos solos. Y Dios no hace distinción. Aunque no todos crean el Él, Él está”, remarca, porque para ella, “la esperanza es precisamente saber que no estamos solos”.

Ella comparte su testimonio desde una frase que le viene acompañando desde hace unos meses: “Para encontrar a Dios hay que aprender a ser humano”. “Me muevo en un ambiente donde la muerte está muy cerca y mi misión es ser cada día la mejor Eva que Dios quiere que sea”, reconoce. Y la mejor Eva no tiene nada que ver con una heroína: “No es cuestión de héroes, quizá a algunas personas esta visión les ayuda, yo la respeto, pero para mí no es cuestión de héroes porque solo lo podrían ser unos pocos; es cuestión de humanidad, de hacernos todos cada día más humanos. Somos personas y tenemos que sacar lo mejor de nosotros en situaciones difíciles”. Y es que, para ella, la experiencia de

vulnerabilidad nos acerca. “Hace años encontré a Dios en mi realidad y en quienes atraviesan la enfermedad. Eso sí, los enfermos no son un mero instrumento para ser mejor persona. Esto es contrario a mi experiencia de fe. Yo encuentro a Dios en las personas que cuido y en mis compañeros, pero me relaciono con personas con nombres, no les quiero porque sean un medio para ser mejor Hija de la Caridad”, explica recordando a sus hermanas enviadas a Francia a asistir a los soldados o las que combatieron la peste.

Para sor Eva, “en lo más profundo de nosotros llevamos la humanidad más auténtica, que muchas veces adormecemos o ahogamos con otras cosas; es en esa humanidad donde esta Dios, el Dios que nos comprende y nos acompaña, incluso aunque no se le conozca o no se le haya descubierto”. Y añade: “Esta es la luz que nace en medio del dolor, esta es nuestra salvación y nuestra resurrección. Por ello Jesucristo se encarnó y dio la vida, para ayudarnos a ser plenamente humanos, sin que el dolor y la muerte tengan la última palabra”. Ella, cuando entra cada día



al hospital, le pide a Dios que, “en medio de mi debilidad, todo lo que haga cada día haga salir lo más humano que Él ha puesto en mí y en cada uno de los que estamos en el hospital” y que, “creyentes o no, nos transmitamos vida, vida para trabajar juntos, para aplaudir al que se va de alta o para decir adiós al que nos deja, vida ante la alegría o el cansancio”, porque “en medio de todo, Él completará todo esfuerzo con su continua presencia”.

Volver a casa

Sor Vicenta González es enfermera en el Centro Abierto Municipal para Personas Sin Hogar ‘Catalina Labouré’ desde julio. Es su primer servicio como Hija de la Caridad, porque entró en la Compañía hace menos de tres años y los dos primeros han sido formativos. Un primer servicio que vive en medio de una pandemia. “El Señor me ha presentado a estas personas para servirle desde ahí”, apunta. Este centro es el primer eslabón para que personas en situación de calle inicien un proceso de vida más normalizado. En el centro, situado en pleno corazón de Malasaña,

“No es cuestión de héroes, es cuestión de humanidad, de hacernos cada día más humanos y sacar lo mejor de nosotros”

se ofrece a estas personas descanso, alimentación e higiene.

En estos tiempos de distancia social, ella ha experimentado una gran cercanía, puesto que los usuarios “permanecen más tiempo en el centro y eso da lugar a un mayor contacto en el plano humano. Acuden mucho al botiquín, del que me encargo, y muchas veces es para hablar y que les escuches”. “Ellos encuentran en nosotras a personas incondicionales que saben que no les van a fallar. Creo que la mayor pobreza en ellos es que no se sienten queridos, no tienen alguien en quien confiar. Todos han roto con sus familias”, añade.

Sor Vicenta recuerda los almuerzos como un momento de gracia. En el centro vivieron un brote y tuvieron que aislar en otros centros a dos chicos, por los que pedían al bendecir la mesa. “Todos en el comedor bendicen la mesa y eso me toca el corazón, porque hay musulmanes,

ortodoxos, evangélicos, no creyentes... verlos a todos recogidos te toca. Percibes como todo ser humano está abierto a la trascendencia. A los dos chicos los teníamos siempre presentes en la comida y, gracias a Dios, ya han vuelto”, explica.

Ella tiene claro que el Señor resucitará este año “lleno de luz, más fortalecido”. “Si sabemos leer entre líneas, nos daremos cuenta de que el Señor todo lo hace nuevo y hay esperanza si vivimos según Él. En la dificultad, los hombres y las mujeres nos crecemos. Esta pandemia nos ha hecho descubrir la grandeza del ser humano. Todos nos hemos puesto a trabajar, hemos sido capaz de sacar vacunas, la gente de forma solidaria ha ayudado a los demás, unos hacían mascarillas, otros hacían la compra a ancianos...”, sostiene, para luego rematar: “No estamos solos, estamos acompañados por el Señor, porque él nos ama de forma incondicional”. ☺

A través de la mirada del Salvador crucificado

Katharina Ramrath. *Misionera Oblata de María Inmaculada*

“A través de la mirada del Salvador crucificado”. Estas palabras reflejadas en las Constituciones y Reglas de nuestro Instituto tienen un significado especial en mi camino de consagración. Durante este año de pandemia han resonado de manera muy particular en mi corazón. Trabajo como médico de familia en un centro de salud en Madrid. En este tiempo toco y acompaño muchas cruces, que se presentan en el contexto de la pandemia. Además de la enfermedad en sí, me encuentro con el sufrimiento de tantos ancianos en su soledad y su fragilidad, también con el miedo de los pacientes jóvenes, que temen por su futuro, con los procesos de duelo complicados de familias enteras, con el proceso de recuperación de aquellos que han estado ingresados largo tiempo en el hospital, con el agotamiento de los compañeros y también con los problemas éticos que surgieron en este tiempo.

Ver el mundo a través de la mirada del Crucificado se ha convertido en una necesidad especial ante tanto sufrimiento. Desde ahí vivo mi misión en unión con Aquel a quien me consagré y a quien quiero seguir.

Una mirada de fe y esperanza

Fue en la Semana Santa del año pasado, en plena pandemia, cuando el Señor me invitó a vivir los días Santos contemplándole a Él en mi servicio de médico. El Jueves Santo me invitó a amar a mis hermanos enfermos, estar al servicio y entregarme a ellos. El Viernes hizo su via-

crucis conmigo haciéndome ver la profundidad del sufrimiento humano, el cual Él hizo suyo. El Sábado Santo bajó a la tumba de tantos fallecidos en este tiempo. Y así de la mano de Jesús también resucité el Domingo. Mi experiencia de esta Pascua fue, que **Jesús** resucitado se hace presente en todo lo que vivimos. Si nos agarramos a él, Dios nos resucita con él a una vida nueva. La vida nueva, que puede ser el compañerismo en el centro de salud, la curación de un enfermo, la alegría de las familias cuando los enfermos vuelven a casa, tantos signos y palabras de consuelo de diferentes personas. Desde ahí me pude abrir a una mirada de fe y de esperanza.

Nuestra Constitución no termina con la mirada desde la cruz. La frase completa dice así: “A través de la mirada del Salvador crucificado, las Oblatas ven el mundo rescatado por su sangre, con el deseo de que los hombres en quienes continua su pasión conozcan también la fuerza de su resurrección” (cf. CC et RR OMI). Si contemplo el mundo desde la cruz, siempre es con la esperanza de la resurrección. Hacer presente a Jesús en medio de mi trabajo significa descubrir signos de vida, dar esperanza y descubrir nuevos caminos. Significa guardar muchas situaciones límites en el corazón y llevarlas desde la fe y desde la oración. Significa también entregar a Dios la propia impotencia, agotamiento y miedo con la confianza de que será Él quien dará la verdadera vida. Y así me voy fiando cada vez más de este Dios que se encarnó, murió y resucitó para que tengamos vida y vida en abundancia. ☺

Heme aquí: experiencia y cuidado

Mary Loly Cisneros Pacheco.

Religiosa de San José de Gerona

En este tiempo de pandemia tuve la oportunidad de vivir una experiencia que siempre recordaré con gratitud. Me traslado al 27 de octubre, en el que recibí una llamada de mi superiora. Recuerdo bien que, en su conversación, insistía en preguntarme varias veces cómo me encontraba. Le respondía que me encontraba muy bien, un tanto extrañada por la insistencia... Finalmente, me dijo que necesitaba pedirme si estaría dispuesta a prestar un servicio para cuidar a las hermanas de la comunidad de la casa general en Madrid, de la que ella misma forma parte, al verse afectadas por coronavirus en principio dos hermanas. Esto suponía que toda la comunidad (conformada por 15) deberían permanecer aisladas y con la posibilidad de que también pudieran resultar positivas, como así sucedió.

Mi respuesta fue firme e inmediata. Y enseguida me puse en camino desde Jaén. Dado el número de hermanas, fue necesario pedir colaboración a otra hermana: **Isabel Tomé**. Juntas nos pusimos manos a la obra. Fue necesario cambiar a las hermanas de sus habitaciones y concentrarlas todas en una misma zona, evitando así el contacto con las hermanas que no llegaron a contagiarse, y a las que teníamos que proteger en todo momento. Me acuerdo que entré a la capilla, miré con mucho respeto el Sagrario y le dije: “Señor, sabes muy bien que sin ti no puedo”.

Y empezó “el baile”. Una de las hermanas tuvo que ingresar por neumonía bilateral. Al no poderla visitar, recibíamos telefónicamente el parte diario de su evolución. Todo esto me causaba una enorme conmoción interior, pero, a la vez, sentía que estábamos bien organizadas y esto me daba paz. Lo que más me costaba era tener que comunicarme con las hermanas sin poder verlas. Poco a poco fuimos aprendiendo la forma de acompañar de la mejor forma estos procesos.

Otra experiencia que aprendí a conjugar fue la de trabajar y orar. Sentía que podía convertir en oración lo que estaba realizando, y se lo expresaba al Señor, muchas veces en alta voz. Le manifestaba, sobre todo, mi preocupación constante por el bienestar de las her-

manas y siempre terminaba mi coloquio diciéndole que no dejara de ser mi Luz en todo momento.

Le pedía también sabiduría para poder descifrar en la mirada de las hermanas cuanto pudieran necesitar cada vez que salían a recoger el plato de comida. A media noche, me desvelaba y me decía: ¿qué necesitas ahora Señor? Y automáticamente me levantaba y observaba si debajo de alguna puerta había alguna luz encendida que me indicara que alguna hermana no se encontraba bien y/o necesitaba algo especial.

Unidas en oración

Muy difícil también fue para mí acompañar de forma particular a una hermana al hospital y observar que ningún taxista quería acompañarnos. Sentí impotencia. Pero no perdí la esperanza. Cogiendo mi medalla de San **José** en la mano me encomendé a su protección y, finalmente, un taxista accedió a nuestra petición.

Sentía que teníamos que unirnos en oración. Lo hacíamos por megafonía. Invitábamos a las hermanas a iniciar la jornada con esperanza, nos ayudábamos a través de algunos salmos, himnos y cantos. Era una forma de mantenernos unidas y sentíamos la fuerza y la fe que en estos momentos necesitábamos. Repetíamos estas oraciones en otros momentos de la jornada.

Me impactó de manera especial la expresión de sorpresa y emoción que mostraron algunas hermanas cuando ya les podíamos llevar la comunión. Esta posibilidad de recibir de nuevo al Señor sacramentado, esta complicidad y ternura en sus ojos agradecidos me hizo mucho bien.

Sentía también que las hermanas estaban preocupadas por mi salud, aunque no me lo manifestaban. Intentaba cuidarme mucho y poner todo de mi parte para tener una estricta desinfección y le decía al Señor que estaba en sus manos, y que no permitiera que me enfermara para poder seguir cuidando a las hermanas. Gracias a Dios el Señor escuchó mi oración y hasta el día de hoy sigo gozando de salud.

Sin duda, esta experiencia me ha afianzado en mi pertenencia al Instituto. El carisma que nuestra fundadora, **María Gay Tibau**, nos legó “nos invita a volar a la cabecera del enfermo a socorrerle en medio de sus tristes ayes y quejidos y aliviar su dolor sembrándole la paz en su corazón”. Este ha sido mi deseo principal durante todo este tiempo de entrega de la cual también puedo decir que he recibido más de lo que he podido dar, porque en todo momento el Señor ha ido delante y nos ha protegido.

Hoy todas las hermanas se encuentran inmersas de nuevo cada una en la misión encomendada. ☺



He creído en el amor

Franklin Fuentes. *Religioso Camilo*

Me ha movido y me mueve el amor hacia el otro, los otros. Durante este tiempo de pandemia, he acudido y respondido con diligencia a las necesidades de los afligidos y débiles; reconociendo en ellos la imagen del mismo Cristo pobre y sufriente. Este Cristo que tiene sed, que tiene hambre, que necesita ser consolado, visitado, vestido, hospedado. En medio de estas necesidades durante este tiempo de pandemia he sido llamado y enviado a ser canal de misericordia en medio de este mundo roto.

Naturalmente, me asaltó la bestia más feroz sobre la faz de la tierra, los temores, los miedos, que los asumo como inherentes a mi condición humana. La soledad la he vivido como oportunidad y tal como decía Schopenhauer, es “una suerte para los grandes espíritus”, ya que me ha facilitado la oportunidad de encontrarme conmigo mismo, para cultivar mi interioridad, la creatividad y el sentido. A más de uno nos suena la canción *Resistiré*, que se volvió popular durante el tiempo más mortífero y cruel de la pandemia. En mis oídos resonaba particularmente esta frase: “Aunque los vientos de la vida soplen fuerte, soy como el junco que se dobla, pero siempre sigue en pie”. Para mí es el realismo y la esperanza de este tiempo.

Durante este año, he conjugado con mayor intensidad el verbo acompañar y todo lo que implica esto. Sí, acompañar como una “madre que, mirando a los ojos a su hijo, sabe lo que necesita y le acompaña”. Vivo el acompañamiento como una forma de vivir y de ubicarme en la vida. Me siento parte de este pueblo paciente y lo acompaño en su gozo, tristezas, esperanzas. Porque estoy convencido de que sentir que hay otros a tu lado y con los que puedes hablar, hace la vida más agradable, más cercana, más humana. No olvido que quien está enfermo, en duelo, en crisis, necesita luz, calor, desahogo, escucha, acompañamiento, sentido y fe.

Acompañar para mí supone que yo reconozco al otro como mío y que el otro me reconoce a mí como suyo. El otro conoce el tono de mi voz, no es tanto el discurso que yo digo sino cómo lo digo, la autenticidad vivida

con enfermos al final de la vida, en tiempo de pandemia, algunos con el virus. Con algunos enfermos, tomándolos de las manos, sosteniéndolos con la mirada, he recitado el salmo que dice: “El Señor es mi pastor nada me falta, que, aunque camine por cañadas oscuras, nada temo porque tú estás conmigo, tu bondad y tu amor me acompañan todos los días de mi vida...”. ¡Cómo no recordar a tantos rostros, de personas al final de la vida que rezaban junto a mí este salmo! Y cuánta verdad que, cuando uno pasa por cañadas oscuras, no ve al pastor, no ve al acompañante, pero sabe que está allí, porque el calor, el golpe del “bastón” en el suelo, le hace descubrir que él/ella no está solo/a, sino que el pastor está al lado en un momento de la vida de mucha soledad, enfermedad, muerte, duelo, miedo y, sin embargo, la experiencia de saber que no está solo es lo que le permite avanzar en medio de la dificultad.

De san Juan de la Cruz a Casaldáliga

Acompañar, cuidar, con amor al “igual que lo hace una madre cuando cuida a su único hijo enfermo”, es un desafío humanizador para mi vida y un renovar mi profesión de servir a los enfermos y sus familias incluso con el peligro de mi propia vida. No en vano, al acompañar a los otros resuena en mis oídos las palabras de san **Juan de la Cruz** en su cántico espiritual: “La dolencia de amor se cura con la presencia y la figura”.

Quiero recordar a un hombre humilde, sencillez, entregado al servicio de los más desfavorecidos, de nombre **Pedro** y apellido **Casaldáliga**, que falleció en plena pandemia, el 8 de agosto de 2020, un humanista de entrañas humanizadoras que se pregunta por el juicio final. Y en uno de sus bellos poemas se responde lo siguiente: “Al final del camino me dirán, ¿has vivido? ¿Has amado? Y yo, sin decir nada, abriré el corazón lleno de nombres”. En un lateral que hace de frontispicio del Centro San Camilo donde soy capellán, se recoge una frase de otro gran humanista de entrañas humanizadoras, Camilo de Lelis, que invita a poner “más corazón en las manos”. Es una tarea de todos, ¿te animas a poner corazón en la manos, corazón en los labios? 🙏

Escucha y bondad

David Cabrera Molino. *Jesuita*

A finales de marzo de 2020 constaté una realidad. Es que todo lo que estábamos atisbando con la pandemia iba a exigir que los que somos religiosos diéramos un paso al frente. ¿Un paso al frente cuando no podemos salir de casa? Durante toda la pandemia, a través de mi profesión como psicólogo clínico y como sacerdote jesuita, he escuchado a muchas personas, muchas. Quizás a más de las que normalmente hubiese escuchado en mi despacho. Se abrieron las ventanas desde casa o desde otros rincones para poder atender a quién está sufriendo la muerte lenta de la ansiedad y de la angustia.

El COVID está siendo devastador. He visto y oído testimonios de sanitarios a los que he tenido el regalo de poder atender en este tiempo de la pandemia. Concretamente a través del programa ‘No estás solo’ de la UNINPSI (la Unidad Clínica de Psicología de la Universidad Pontificia Comillas), desde el que dimos un espacio de escucha a los sanitarios que estaban en primera línea en la primera ola. Después muchos de ellos han seguido siendo atendidos. Descargar la angustia y el miedo sobre otro, aprender a cuidarse y gestionar las emociones. Recuerdo como una enfermera me decía cómo se pasaba cada día en el hospital curando y sosteniendo a los enfermos. Al salir del trabajo llegaba a casa destrozada por el cansancio, por lo visto y tratado, y se encontraba con los ojos llenos de miedo de su esposo y de sus hijas. “No quiero pegarles nada”, se decía mientras se desnudaba para entrar “limpia” del todo en su hogar. De la puerta a su cuarto, para refugiarse en lugar seguro y proteger. La tensión emocional que esa mujer acarreaba por dentro era enorme. Aprender a gestionar tanto dolor comienza por poder ser escuchada para desahogarse. Es vaciarse para aprender.

Acompañar el sufrimiento

Una de las personas con la que intercambié muchos encuentros fue con el capellán de un hospital español. Durante la pandemia, este sacerdote bueno y entregado, había estado haciendo una labor descomunal para

garantizar a los pacientes con fe unos instantes de despedida a las manos de Dios.

Este hombre me decía que algo se le rompía por dentro cuando rezaba: “Me he encontrado con la cruz directamente”. Acogerle en su propia fragilidad y confrontar su propia fe ha hecho que pudiera seguir ayudando. Ser ayudado para ayudar a otros.

Como psicólogo clínico y sacerdote jesuita, siempre he sentido la llamada de Dios a acompañar el sufrimiento y a ser un poco una mezcla entre el samaritano y el cirineo. Sin la mayor pretensión que poder acompañar el dolor humano y espiritual de hombres y mujeres de hoy. Me preguntan si soy el mismo o esta vocación me ha cambiado. En la escucha uno aprende a generar en el otro la potencialidad de sus fortalezas. Decía Freud algo así como que la ciencia moderna aún no ha producido un medicamento tranquilizador tan eficaz como lo son unas pocas palabras bondadosas. Estamos poco acostumbrados a decir cosas buenas. Los aplausos servían para encontrarnos y motivar. Gracias a Dios, he sido testigo directo de cómo muchos padeciendo, directa e indirectamente, la enfermedad del COVID se han visto consolados por un Dios bueno que sabía generar algo bueno en sus vidas. 🙏

Una prueba de caridad

Susana Mallo Agúndez. *Sierva de Jesús de la Caridad*

A pesar de que ha pasado ya un año del comienzo de la pandemia en nuestro país, todavía no he digerido lo suficiente lo vivido. Si tuviera que describir con una palabra este tiempo sería como “prueba”. Una prueba de fe, pues en medio de la incertidumbre podía experimentar en qué porcentaje estaba la confianza en el Señor que nos cuida en cualquier circunstancia.

Una prueba vocacional, que desde el Noviciado, habíamos escuchado cómo nuestras primeras hermanas habían vivido epidemias como la del cólera durante las cuales algunas murieron asistiendo a los contagiados... y ahora éramos nosotras las que veíamos cómo una enfermedad desconocida estaba haciendo caer a nuestros ancianos, hermanas y familiares.

Fraternidad y capacidad

Una prueba de fraternidad, pues, al tener que hacer aislamiento en algunas comunidades, otras hermanas fuimos a apoyar haciéndonos sentir que unidas es posible superar la adversidad, aún viviendo conflictos como humanamente es natural. Una imagen que llevo muy grabada es la de ir de puerta en puerta llevando la comunión a las hermanas confinadas en sus habitaciones, su mirada, sus lágrimas, sus sonrisas, su deseo; “Tráenosla cada día que necesitamos que el Señor se pasee por aquí...”. Cómo te hace valorar y agradecer la Eucaristía que hasta entonces vivíamos diariamente y de la cual en aquellas semanas nos vimos privadas celebrando paraliturgias o viéndolas en la televisión como tantas personas. De hecho, en la celebración de la apertura del Año Jubilar por los 150 años de fundación de nuestro Instituto, en julio del año pasado, me sugirieron que invitase al grupo de la pastoral del sordo que suelo acompañar aquí en Bilbao y cuál fue mi sorpresa al verles emocionados porque desde el inicio de la pandemia no habían vuelto a asistir a ninguna Eucaristía.

Una prueba de capacidad. Nunca olvidaré cómo cuatro hermanas convivimos varios días sustituyendo a toda una comunidad aislada en una de nuestras residencias de ancianos. Realmente en esos días experi-

menté que “Dios no elige a los capaces sino que capacita a los que elige”. Nunca se aprende tanto y tan rápido como cuando hay necesidad descubriendo capacidades como las de decidir, organizar, enseñar... las que, de algunas manera, por nuestra edad y circunstancias estamos bajo el abrigo y el apoyo de hermanas más experimentadas y no estábamos acostumbradas a ejercer esa responsabilidad, hasta que, como me decía una doctora que nos asistió durante los primeros meses de pandemia: “Eres nuestra enfermera a tiempo completo”. O cómo en pocos días con el esfuerzo de todas convertimos nuestra residencia en una verdadera yincana mudando a los ancianos y haciendo circuitos internos para separar negativos de positivos...

Ha pasado un año y arrastramos mucho cansancio, por qué no decirlo, pero el Señor nos da nuevas fuerzas ofreciéndonos la oportunidad de vivir nuestro lema de “Amor y Sacrificio” intentando consolar su Corazón en la soledad de nuestros hermanos en esta prueba de caridad que es nuestra vida entera. 😊



El significado de la familia hospitalaria

Laura Neves. *Hermana Hospitalaria*

Soy secretaria provincial de las Hermanas Hospitalarias desde el año 2009. Aunque he estado varios años sin ejercer, también soy enfermera. Cuando se produjeron los primeros casos de coronavirus en el Instituto, en el gobierno provincial, de Portugal, nos organizamos para ayudar en los Centros de la zona de Lisboa. A mí me tocó el Centro de Salud de Santa Rosa de Lima en la ciudad de Belas, especializado en psicogeriatría.

Cuando el COVID-19 cruzó las fronteras de China y los medios de comunicación social nos fueron mostrando su forma implacable de expandirse por el mundo, me di cuenta de que nuestra Congregación no conseguiría evitar que entrase en nuestros centros. El enemigo invisible consiguió burlar la barrera de los planes de contingencia y crear una red de contagios. Algunas hermanas, colaboradores y enfermos dieron positivo y se produjo una situación que, si bien sabíamos que era posible, no dejó de sorprendernos.

El testimonio del personal

Cuando llegué a una de estas unidades, todavía no se había formado el nuevo equipo. Se acababa de saber que había usuarios que habían dado positivo y varios colaboradores con síntomas.

Todo el equipo estaba muy desgastado por la incertidumbre de los últimos días, los continuos cambios de estrategia ante el avance del virus y las muchas horas de trabajo acumuladas debido a la falta de personal, que ya empezaba a notarse sobremanera. Sentía que el mundo se me venía encima. Allí no conocía a nadie, llevaba mucho tiempo alejada de la práctica de la enfermería, se esperaba que el estado de salud de las usuarias empeorara y que la mayoría del equipo se ausentara con bajas médicas al haberse infectado también. A pesar de todo, no abandonaron el barco hasta que todo estuvo totalmente asegurado.

Las dos enfermeras que sostenían el barco cuando surgió el brote siguieron apoyando al equipo a pesar de estar en casa enfermas, esto fue para mí un gran testimonio.

La mayoría de las usuarias del centro se adaptó de forma extraordinaria a una situación totalmente nueva y con cambios radicales en las rutinas. Ni siquiera se sorprendieron por nuestros equipos de protección, como si solo les importaran nuestra mirada y nuestra voz, que las abrazaban y les garantizaban un ambiente muy familiar.

Un aspecto que a veces fue difícil gestionar fue el contacto con las familias. Sabíamos que los familiares estaban preocupados y era fundamental mantenerlos al tanto de la situación; sin embargo, tuvimos que establecer reglas y prioridades.

El contacto con las familias

Al principio de la pandemia, en las primeras semanas, tampoco disponíamos de tecnología de comunicación que nos permitieran este contacto sin peligro de contagiarnos. Cuando la situación empezó a estabilizarse y recibimos una tableta con la que pudimos hacer videollamadas con las familias, notamos una clara mejoría en el estado de ánimo de las usuarias. El hecho de que ellas y sus familiares pudieran verse y oírse les dio mucha tranquilidad.

Por desgracia, tuvimos algunos casos de coronavirus muy graves. Luchamos por la vida con todos los medios que estaban a nuestro alcance y hasta el final, pero también tuvimos que lidiar con la muerte.

En el proceso final acompañé en todas las fases, en silencio, como en una ceremonia, sintiendo que representaba a la familia de esa persona y a todos los que la amaban y no podían estar allí por las restricciones impuestas a causa de la pandemia.

Me siento privilegiada por haber tenido la oportunidad de aportar mi granito de arena en esta pandemia que nos ha golpeado a todos en mayor o menor medida. Para mí ha sido una oportunidad enormemente enriquecedora y humanizadora.

Una cosa es cierta: durante este tiempo de pandemia hemos experimentado la fragilidad, pero también hemos experimentado, más que nunca, lo que significa ser familia hospitalaria. 😊

“Vacunémonos de todo lo que nos impide ser ágiles en el Amor”

RUBÉN CRUZ

Francisco nombró el 12 de febrero a **Margarita Bofarull Buñuel** miembro ordinario de la Pontificia Academia para la Vida (PAV). La religiosa del Sagrado Corazón de Jesús, nacida en Barcelona, fue superiora de la Provincia de España Norte de 2005 a 2011 y vicepresidenta de la CONFER entre 2009 y 2013. Licenciada en Medicina y Cirugía por la Universidad de Barcelona en 1985, también es licenciada en Teología y máster en Teología Moral por la Facultad de Teología de Cataluña, y tiene un postgrado en Medicina Tropical por la UB. Ha desempeñado su labor como médico en distintos ambulatorios y hospitales, tanto en España como en Perú. En la actualidad es presidenta del Instituto Borja de Bioética (Universidad Ramón Llull), presidenta del Comité de Ética Asistencial del Hospital de San Juan de Dios de Barcelona, profesora de la Facultad de Teología de Cataluña y de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA) de El Salvador, y delegada de Fe y Cultura de la Archidiócesis de Barcelona.

¿Cómo acoge este nuevo servicio?

Yo ya era miembro correspondiente de la PAV desde 2013. Es decir, nombrada por el presidente. Además, hay miembros ordinarios, que son nombrados por el Papa. Esto es lo que ha sucedido ahora. Lo acojo con alegría e ilusión, y con el deseo de poder responder con generosidad, responsablemente y con coherencia. Así, lo acojo como lo que soy: religiosa, médico y teóloga. Llevo las voces de muchas mujeres conmigo y también de la Vida Religiosa y, sobre todo, de la femenina.

Hace un año que el mundo se paró por la pandemia, ¿cómo ha vivido este tiempo?

Me cogió en Barcelona, donde vivo. El confinamiento me situó, como a la mayoría, en una realidad completamente nueva y desconocida, que me obligaba a centrarme en lo fundamen-

tal, a dejarme interpelar por la realidad tratando de vislumbrar qué era lo que el Dios de la Vida nos estaba pidiendo.

He tocado muy de cerca el dolor de algunos amigos ante la muerte en soledad de sus familiares. También mi propio dolor por la muerte de hermanas queridas y otros familiares y conocidos. Todo ello tuvo un lugar privilegiado en mi oración. He tratado de acoger, acompañar, y dejarme interpelar por el dolor y la impotencia de muchos compañeros, muchas veces sin medios y conscientes de que eran el único contacto humano de los pacientes.

A nivel docente, ante la supresión de las clases, continuar de forma telemática supuso un reto; también una oportunidad.

He colaborado en la elaboración de algunos protocolos que perseguían facilitar la vida de las personas, evitar los contagios y promover actuaciones responsables y solidarias.

Desde el principio sentí la necesidad de una reflexión profunda sobre las muchas cuestiones éticas que nos estaba planteando esta pandemia. Desde el Instituto Borja creamos, y ofrecimos en nuestra web ya a finales de marzo, un banco de recursos sobre el COVID-19.

He procurado colaborar en distintas iniciativas, como por ejemplo la del Arzobispado, que creó un servicio de apoyo espiritual para atender a los profesionales que lo desearan.

Francisco habla constantemente de la necesidad de hacer las vacunas accesibles a todos. ¿Serán nuestro salvavidas?

Las vacunas son una ayuda muy importante en la lucha contra el virus, pero no son la única solución. Además, hay muchos interrogantes, porque no sabemos qué tipo de inmunidad dejan, si será necesario revacunar, etc. Al margen, están también, por ejemplo, cuestiones de justicia distributiva de recursos sanitarios. No olvidemos que no es lo mismo una pandemia sobre una población con un sistema de

salud fuerte, que una pandemia en una población con unos sistemas sociosanitarios más débiles. Los determinantes sociales de salud son importantes. Podríamos decir que sobre nuestra salud incide tanto nuestro código postal como nuestro código genético. En Barcelona hay diferencias de hasta tres años de esperanza de vida según el distrito en que vives.

Por otro lado, necesitamos una cobertura universal de las vacunas. No sirve vacunar a porcentajes pequeños de la población mundial.

El Vaticano ha negado cualquier incompatibilidad ética con las vacunas...

Las vacunas aprobadas no ofrecen resistencias éticas, tampoco desde el punto de vista de la investigación y desarrollo de las mismas, al menos hasta donde conozco. El Vaticano ha recomendado la vacunación también por una cuestión de solidaridad. En las residencias de religiosos mayores que conozco casi el 100% de las personas se han vacunado.

Como vicepresidenta de la CONFER pudo conocer la riqueza de muchos carismas. Desde ahí, ¿qué otras vacunas debe ponerse la Vida Religiosa?

(Se ríe) De virus, supongo que todas las recomendadas. Pero de actitudes y de comportamientos hay que vacunarse contra todo lo que nos impide desinstalarnos y ser fieles a nuestra vocación de proclamar la Buena Noticia. Nos debemos vacunar de todo aquello que nos impide ser ágiles en el Amor. Por otro lado, me gustaría decir que para mí ha sido un regalo la vicepresidencia de la CONFER. Llevo en el corazón muchos nombres de la CONFER.

Usted es una de las mayores expertas en bioética dentro de la Vida Religiosa. ¿Se entiende que en medio de una pandemia España promueva una ley de eutanasia?

Es intencionado, evidentemente. Los ‘cómo’ son tan importantes como los ‘qué’. Y los ‘cómo’ de esta ley son tristes. En un asunto tan importante no se puede obviar el debate social. También se ha ignorado el magnífico informe del Comité de Bioética de España.

Se ha jugado con la confusión terminológica. No todos ponemos lo mismo debajo de la palabra ‘eutanasia’. Está claro que todos que-



MIEMBRO ORDINARIO
DE LA PONTIFICIA
ACADEMIA PARA
LA VIDA

Margarita
BOFARULL

remos una muerte digna o una buena muerte. Mira si la queremos en la Iglesia que tenemos a **San José** como patrón de la buena muerte. Ahora bien, el significado y contenido de la palabra ‘eutanasia’, y lo que regula la ley, no es el etimológico (en griego significa ‘buena muerte’). La eutanasia es la actuación que tiene por finalidad provocar la muerte de otro.

Muchas personas dicen pedir la eutanasia cuando en realidad lo que piden es no sufrir. Tenemos un arsenal terapéutico contra el dolor, e incluso ante dolores refractarios al tratamiento podemos llegar a la sedación terapéutica, y esto no es eutanasia.

Es importante también promover la formación en cuidados paliativos en las facultades. Por otra parte hay un consenso ético enorme en el rechazo a la obstinación terapéutica.

Es muy triste que haya personas que puedan pedir la muerte porque se sienten una carga social. Estoy segura de que una buena red social desestimaría muchas peticiones.

Nos puede hacer pensar también que en Europa, solo Bélgica, Luxemburgo y Países Bajos tienen legalizada la eutanasia.

La vida es también un bien comunitario. No podemos tener discursos tan individualistas y poco sociales cuando tratamos el final de vida.

Como Iglesia, debemos comprometernos en la protección, sobre todo, de las personas que están en situaciones de vulnerabilidad. 🙏

“No podemos tener discursos tan poco sociales cuando hablamos del final de la vida”



*“Pasada la crisis sanitaria,
la peor reacción sería la de caer
aún más en una fiebre consumista
y en nuevas formas de autopreservación
egoísta. Ojalá que al final ya no estén
‘los otros’, sino solo un ‘nosotros’.
Ojalá no se trate de otro episodio severo
de la historia del que no hayamos sido
capaces de aprender. Ojalá no nos
olvidemos de los ancianos que
murieron por falta de respiradores,
en parte como resultado de sistemas
de salud desmantelados año tras año.
Ojalá que tanto dolor no sea inútil,
que demos un salto hacia una forma
nueva de vida y descubramos
definitivamente que nos necesitamos
y nos debemos los unos a los otros,
para que la humanidad renazca
con todos los rostros, todas las manos
y todas las voces, más allá de
las fronteras que hemos creado”.*

(FT, 35)